

Diciembre 88

El CENTINELA



Navidad:
UN MENSAJE DE ESPERANZA

Natividad:

UN MENSAJE DE ESPERANZA

Dr. TULIO N. PEVERINI



HOY más que nunca necesitamos un mensaje de esperanza, ya que abundan la violencia y el temor.

Las noticias de la prensa y de la televisión nos recuerdan casi

a diario que vivimos en un mundo inseguro, lleno de dolor y de injusticia. Lucha entre palestinos e israelíes. Violencia despiadada en el Líbano. Conflictos en diferentes países centro-

americanos. Crisis económica cada vez más seria. Epidemia del AIDS imposible de contener. Incremento impresionante del tráfico y del uso de las drogas. Aumento alarmante de los

divorcios y las crisis familiares... He ahí las pinceladas más enérgicas del cuadro oscuro que nos rodea.

Sin embargo, hay una esperanza segura para este mundo y

2 • EL CENTINELA

Revista mensual ilustrada publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día. *Gerente:* Eugenio Stiles. *Director:* Tulio N. Peverini. *Redactores:* Juan J. Suárez, Miguel A. Valdivia. *Secretaría editorial:* Adly Campos. *Diagramador:* Enrique Fuentealba. *Director de Ventas:* José L. Campos. *Circulación:* Belia Peterson, Juan De Armas. *Portada y pág. 2:* Howard Sanden. Reprinted by permission from *Christmas: The Annual of Christmas Literature and Art*, vol. 35, copyright © 1965, Augsburg Publishing House.

para cada habitante que lo habita, si depositamos nuestra fe en Dios y recordamos sus preciosas promesas.

También hace 2.000 años el mundo vivía al borde de la desesperación y ansiaba un mensaje de aliento. La sociedad vivía bajo la opresión de los romanos y confundida por la filosofía pagana de los griegos. Por otro lado, los judíos chasqueaban a la gente con un sistema religioso basado en el fanatismo y la justicia propia. Parecía no haber futuro.

Y entonces vino la primera Navidad, cuando la luz de la esperanza brilló para siempre sobre la familia humana. A partir de entonces podemos enfrentar los problemas con confianza, sabiendo que Dios nos ama y que no estamos solos.

He aquí el relato de los Evangelios sobre lo que ocurrió en esa noche de noches:

"Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigiliadas de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor.

"Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!"¹

¿En qué consistían esas noticias de "gran gozo"?

En que Jesús, el Niño de Belén, era el Salvador para todos los hombres y para todos los tiempos. "Y llamarás su nom-

"Una multitud de las huestes celestiales... alababan a Dios, y decían: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres".

bre JESUS —fue la instrucción del ángel—, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".²

El pecado es la causa básica de todas nuestras calamidades —enfermedades, injusticias, dolores, muerte— y el factor desgraciado que malogra nuestras mejores intenciones.

Nadie sino Cristo tiene la solución radical para el problema del pecado. El hombre puede ensayar programas educativos, terapias psicológicas o recursos sociales, pero las mejoras son superficiales o transitorias. Y no puede ser de otro modo, porque las raíces del egoísmo y del orgullo están incrustadas en lo más íntimo de la personalidad humana.

Para vencer la maldición del pecado, Dios no se valió de una proclama teórica o de un decreto justiciero, aunque podría haberlo hecho. El entregó a su Hijo unigénito, el Príncipe del universo, para revelarnos su amor infinito y rescatarnos de nuestra desgraciada condición.

¿Cómo reveló Jesucristo la riqueza del amor divino?

En primer lugar, al nacer como un bebé indefenso en el pesebre de Belén. "Vinieron [los pastores], pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre".³

¿Pensar que el Hijo de Dios, Creador de todas las cosas, se hizo criatura y se expuso al desprecio y a los ataques de sus súbditos rebeldes, precisamente con el propósito de rescatarlos! ¡Cuánta condescendencia,

cuánta humildad, cuánta compasión!

Pero a medida que transcurrían los años, Jesús desplegó en forma aún más conmovedora los tesoros del amor divino, erigiendo un fanal de esperanza que aún sigue iluminando el mundo.

En efecto, durante su niñez y juventud, Cristo, el Señor de todas las cosas, se deleitaba en servir a sus padres, a sus vecinos y a los habitantes en general de la corrompida ciudad de Nazaret. Sin alardes, en forma práctica, mostraba cómo vivir una vida íntegra en medio del vicio y cómo tratar en forma bondadosa a quienes nos tratan mal. Día tras día explicaba a sus coterráneos que sólo puede vivirse de esa manera, permitiendo que Dios nos dé su gracia y nos guíe paso a paso en las diferentes situaciones de la vida.

Llegaron los activos años del ministerio público de Jesús. A los ojos del mundo judío y del universo entero, Cristo enseñó en forma poderosa que Dios es un Padre compasivo, perdonador, paciente, que no quiere que "ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento".⁴ Sus parábolas magistrales, como la de la oveja perdida y la del hijo pródigo, nos recuerdan que Dios ama a los pecadores y que nunca es demasiado tarde para volver a él. En Cristo Jesús y en virtud de su infinito amor, siempre hay esperanza para rehacer la vida y para alcanzar la salvación. Así lo entendieron Mateo el publicano, María Magdale-

na, el ladrón penitente y tantos otros que sintieron que el Salvador es verdaderamente el Amigo de los pecadores.

Sí, Cristo es la gran fuente de esperanza. El consoló a los tristes, sanó a los enfermos, abrió los ojos a los ciegos, devolvió a los sordos la capacidad de oír, e incluso resucitó a los muertos. Pero "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos".⁵ Esto significa que el perdón, el amor y el poder de Jesús son también para nosotros en la actualidad, para usted y para mí. Gracias a él podemos vivir con esperanza.

Desde la cruz, Cristo desplegó su amor en forma suprema. Allí intercedió en favor de sus verdugos. Consoló a su madre desfalleciente. Perdonó al ladrón arrepentido. Llevó el peso desgarrador de los pecados del mundo entero. Murió en nuestro lugar para darnos salvación y la certeza de la vida eterna. En fin, completó la obra redentora que inició en la cuna de Belén y que coronó triunfante el Domingo de resurrección.

Hoy como antaño Cristo nos habla desde la cruz y nos dice con sus brazos extendidos: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar".⁶ Y nos recuerda desde el pesebre —tan evocado estos días— que él es nuestro Hermano mayor, el Dios-Hombre que siempre estará a nuestro lado.

En esta Navidad aceptemos nuevamente su grande amor, y así la esperanza llenará nuestros corazones. Podremos enfrentar las dificultades con nuevas fuerzas porque estaremos tomados de la mano de Dios. El nos promete: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".⁷

(1) S. Lucas 2:8-14. (2) S. Mateo 1:21. (3) S. Lucas 2:16. (4) 2 S. Pedro 3:9. (5) Hebreos 13:8. (6) S. Mateo 11:28. (7) S. Mateo 28:20.



EL MESONERO

MIGUEL A. VALDIVIA

AUN lo recuerdo todo. En aquellos días había un movimiento constante de personas debido a la ley de empadronamiento promulgada por Augusto César. Recuerdo el incidente, más que nada, debido a que aquella fue la mejor temporada que tuve en muchos años.

En realidad, Belén era un pueblo pequeño. Quizá su distinción mayor estribaba en ser mencionado en una profecía de Miqueas que casi nadie parecía comprender bien.¹ Además, había sido el hogar de personajes famosos como Booz² y David.³ Sus estrechas calles de piedra apenas permitían el paso de las carretas de los comerciantes y demás transeúntes.

Mi mesón era muy sencillo. Las habitaciones contenían justamente lo necesario para que un viajero pudiera descansar antes de reemprender su jornada. Debido a lo poco que podía cobrar y a la escasez de clientes, a menudo me veía obligado a buscar el sustento por medio de otros oficios.

Eramos pobres y la cantidad imprevista de visitantes que vinieron en aquella ocasión, y las oportunidades financieras que esto representaba, ahogaron mis mejores intenciones.

Yo sustentaba la ambición de llegar a ser rico. Anhelaba el día en que mi mesón albergara a personas importantes. El día cuando todas mis habitaciones estuviesen ocupadas. En esos momentos parecía que mis sueños comenzaban a convertirse en realidad.

“Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón”
(S. Lucas 2:7).

También recuerdo a aquella familia que vino de Nazaret; una de las muchas que necesitaban un lugar donde quedarse. Mientras abría la puerta para atenderlos, me dedicaba a calcular mis ganancias del día. Todas las habitaciones estaban ocupadas y les habría alquilado mi propia habitación si mi esposa hubiera estado de acuerdo. Me encontraba satisfecho, aunque cansado y un poco tenso por causa de las numerosas actividades del día. Cualquiera que ha trabajado en situaciones que requieran satisfacer las exigencias de otras personas, sabe a qué me refiero.

Llega un momento cuando uno desea estar solo. La presencia de aquella pareja en el umbral de mi puerta me resultó inoportuna. Eran personas humildes y, evidentemente, la mujer estaba en los últimos meses de embarazo. Casi no hablaron, pero yo sabía muy bien lo que querían. Ustedes conocen el resto. Les sugerí que se fueran al establo. Sólo después supe que habían tenido un hijo aquella misma noche: un niño que pudo haber nacido en mi mesón.

La imagen de aquella pareja, recortada en el trasfondo de un cielo estrellado, no me abandona. Los ojos de mi memoria se

posan en aquella mujer embarazada y en rostros pálidos y ansiosos. ¿Quiénes eran? ¿Quién era la criatura que nació en un establo por causa de mi apatía? Nunca lo supe, aunque luego escuché rumores de que un famoso rabí de Galilea había nacido esa misma noche en un establo de Belén; algunos creen que se trataba del Mesías.

¡Cuánto daría por saberlo! ¿Saben por qué? Porque ahora yo busco un mesón. Estoy cansado de vagar sin rumbo; cansado de contar monedas y luchar por ganancias efímeras. El mundo físico que me rodea no me satisface, ni llena las ansias de un espíritu que anhela reposo. ¿Qué extraño, verdad? ¿Que aquel que vive para obtener posesiones materiales, no sabe disfrutarlas cuando las consigue!

¡Qué vanas me son ahora las riquezas! ¡Qué insignificante es tener un mesón lleno cuando el alma se encuentra atribulada y vacía!

He visitado el establo. He tratado de reconstruir lo que pudo haber pasado aquella noche. ¿Dónde se habrá acostado la madre? ¿Habrán estado su esposo a su lado, o se habrá marchado nervioso al escuchar esos gemidos agonizantes que nin-

gún hombre puede comprender y que señalan el comienzo de una vida? ¿Cuál de los pesebres habrán utilizado para colocar en él a su amada criatura?

¿Saben? Sólo siento un poco de paz cuando estoy en ese establo. Desde allí puedo contemplar las estrellas y veo a lo lejos a mi antiguo mesón. Allí comprendo que la felicidad no se alcanza contando monedas sobre una mesa e ignorando las estrellas, las necesidades ajenas y el dulce aroma de la hierba recién cortada de un establo.

Sigo buscando un mesón para el alma porque el mío no puede albergarme a mí tampoco. Necesito descansar y meditar. Si tuviera otra oportunidad... ¡Cuán amplias se abrirían mis puertas! ¡Cuán inadecuada sería mi vieja posada para recibir a Aquel que puede llenar el vacío que siente mi corazón! ¡Con qué premura le ofrecería mi habitación, mi cama y mi vida!

Quizá usted también es un mesonero. En cierto sentido todos lo somos. Tenemos puertas en el alma. Tal vez cerradas, indiferentes, y que ocultan una vida agitada y vacía. Y llenamos nuestro mesón de huéspedes indignos y de ambiciones impuras. Y dejamos de ver las estrellas y a los niños, y nos quedamos solos en nuestra egoísta mesa de contar monedas.

No haga lo que yo hice, querido amigo; es hora de levantarse y abrir la puerta. El espera. ◇

(1) Miqueas 5:2. (2) Rut 2:4. (3) 1 Samuel 16:4-5, 11-13.

DESPUES de considerar por algunos días los eventos de las semanas pasadas, he decidido ponerlos por escrito para compartirlos contigo.

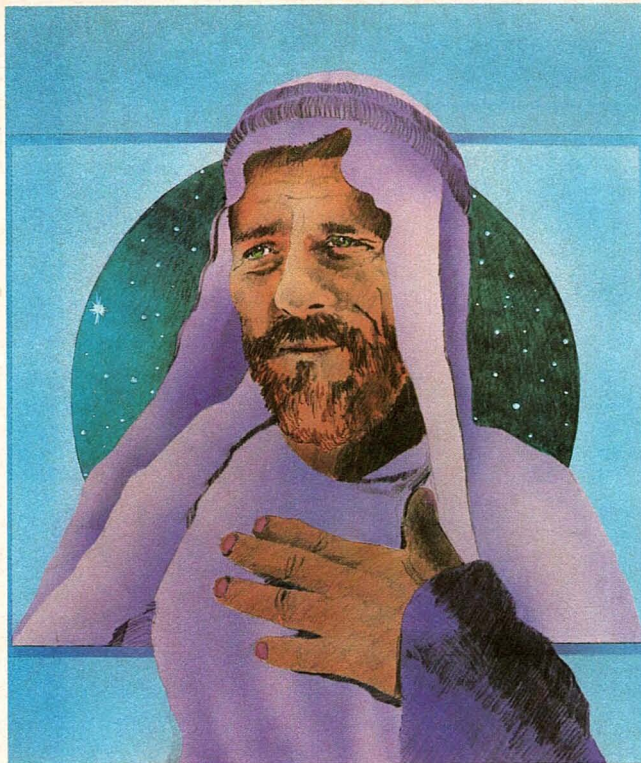
Como bien sabes, nuestro viaje fue el resultado de años de estudiar los sagrados manuscritos. Los eventos estelares, que también tú presenciaste, tan sólo sirvieron para reafirmar la certeza de nuestros cálculos. Ante la posibilidad de ser testigos del evento más importante en la historia de la humanidad, ¿cómo no atreverse a los riesgos y peligros de la travesía?

En su mayor parte, nuestro viaje resultó ser más aburrido que peligroso. Nunca he sido amante de travesías en camello. Solamente la importancia de nuestro viaje y su significado hizo soportables las largas horas de sol y de calor. Pero todo esto quedó reducido a la insignificancia al llegar a nuestro destino y encontrar el lugar que señalaban las profecías y los astros. ¡Encontrar al niño habría disipado todo el tedio y el cansancio, aunque hubiéramos viajado durante cien años!

Sorprendente es el que, mientras nuestra pequeña embajada estaba ansiosa por encontrar al futuro rey, nadie en Jerusalén parecía saber nada al respecto. Hasta este momento no me explico cómo fue posible que el rey y los sabios hebreos no estuviesen preparando festividades para su príncipe recién nacido. Habíamos considerado el palacio real como el lugar apropiado para anunciar tan impresionante evento. Pero nadie parecía saber nada. Por fin nos señalaron que Belén era el lugar indicado, según sus escritos sagrados, para dicho acontecimiento.

Partimos de Jerusalén com-

El autor ha escrito dos libros y numerosos artículos. Es pastor de la Iglesia Adventista y obtuvo su maestría en Religión en la Universidad Loma Linda.



EL SABIO

ALBERTO VALENZUELA

“Vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido?... Venimos a adorarle”
(S. Mateo 2:1-2).

pletamente confundidos y decepcionados. ¿Cómo podía ser que sus habitantes no comprendiesen el significado de sus propios escritos sagrados? ¿Cómo no podían ver en los cielos el mensaje tan claramente anunciado? ¿Nos estarían enviando a Belén para impedir que adorásemos al príncipe recién nacido? Estas y muchas otras preguntas nos atormentaron durante el corto trayecto a Belén.

Belén resultó ser el lugar que estábamos buscando. No tarda-

mos mucho en encontrar el sitio donde había nacido el Niño-Rey. No porque hubiese celebraciones y festividades, sino por su calmada paz y serenidad. Las mismas bestias parecieron conducirnos allí como siguiendo un impulso irresistible. Fue tanto nuestro regocijo que no reparamos en la humildad del lugar. Mis compañeros de viaje y yo estábamos tan emocionados, que desmontamos de un salto.

El cuadro que vimos en el establo era tan impresionante

como sencillo. Rodeados de animales, estaban los padres del príncipe. El niño estaba acostado sobre la paja de un pesebre. Había lágrimas de gozo en nuestros ojos. Ante la sublimidad de la escena, comprendí lo fútil que era llevarle incienso como regalo. Oro, incienso y mirra... son regalos para la realeza, y no era realeza lo que estábamos contemplando. ¡Era la Divinidad!

No sé cómo explicarlo. Su aspecto era como el de cualquier recién nacido. Pero había algo en él que invitaba a la adoración y la reverencia. Ciertamente no se trataba de un niño común. Tampoco era un príncipe común. El sentimiento de que el cielo mismo había bajado a la tierra en la presencia de ese recién nacido llenaba el establo. Con toda la elegancia y opulencia de mis vestidos, me sentí desnudo y miserable. Mi percepción de Dios cambió en ese momento. Comprendí qué es lo que Dios espera de mí. El no quiere oro, incienso o mirra. El quiere mi corazón. Ese conocimiento cambió mi actitud hacia Dios y hacia la vida. No sé cómo explicarlo; tendrías que haber estado en ese establo, frente a ese bebé, para comprenderlo.

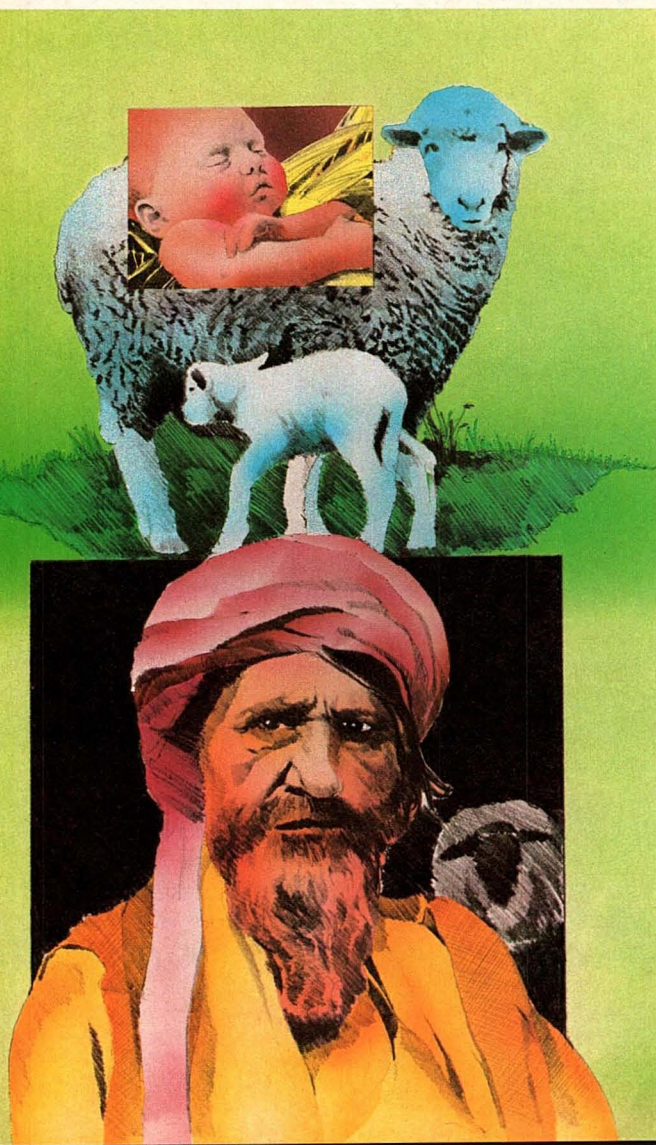
El camino de regreso fue mucho más corto. Por lo menos me pareció más corto. Descubrí que mis compañeros habían tenido la misma impresión. Durante todo el viaje hablamos del cambio que se había operado en nosotros. Fuimos guiados por los escritos sagrados y los astros esperando encontrar a un príncipe, y tuvimos un encuentro con Dios.

Hay muchas otras cosas de las que te escribiré en otra ocasión. Espero que tú también puedas encontrarte con ese príncipe, sí, con Jesús. Te aseguro que cambiará tu corazón y tu vida, como me cambió a mí. ◇

EL PASTOR

ESCRIEL ROMERO

***“Había pastores en la misma región... Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor”
(S. Lucas 2:8-9).***



COMO pastor de ovejas, me encuentro en la compañía de varios líderes famosos de nuestro pueblo. Moisés era pastor de ovejas antes de ser llamado por Dios para guiar a Israel desde Egipto hasta Canaán. Este también fue el caso de David.

Por alguna razón que desconozco, yo también tuve una experiencia privilegiada cuando presencié en Belén el evento más extraordinario de la historia. Me refiero al suceso anunciado por el profeta Isaías unos ochocientos años antes: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14).

Es evidente que cuando el reloj de esta profecía marcó la hora, la Virgen María se estremeció por la presencia de una nueva vida en su interior, y desde entonces comenzó a brillar una esperanza nueva para la humanidad. Desde luego, los pastores que cuidábamos de las ovejas en los alrededores de la aldea de Belén ignorábamos que esto había ocurrido muy cerca de nosotros. Cuando el ángel de Dios se nos apareció, ya las sombras de la noche habían caído sobre la comarca. Nos rodeó un resplandor tan intenso que nuestra primera reacción fue la de temer por nuestras vidas. ¡Si el ángel no se apresura y calma nuestro temor, probablemente hubiésemos huido a la carrera!

El ángel nos dijo: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será

para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor”. La profecía que habíamos escuchado tantas veces, y el Mesías que esperábamos, ahora eran una realidad. Y el ángel añadió: “Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre” (S. Lucas 2:10-12).

¡El Redentor de la raza humana acostado en un pesebre! ¡El Hijo del Dios excelso, Creador de todo el universo, nacido en un establo!

Después de presenciar esta extraordinaria escena, y cuando los ángeles se alejaron de aquella solitaria región, nos miramos en silencio unos a otros hasta que un pastor finalmente habló: “Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado” (vers. 15). Habíamos recibido un mensaje de Dios y anhelábamos corroborarlo con nuestros ojos. Encontramos el establo, entramos y hallamos a una pareja y a un niño recién nacido acostado en el pesebre. ¡Ante nosotros teníamos a Aquel a quien los ángeles anunciaron! Llenos de emoción compartimos nuestra experiencia con José y María, sus padres.

Cuando decidimos regresar adonde estaban nuestras ovejas, íbamos pletóricos de alegría. Tanto es así, que glorificábamos y alabábamos a Dios con nuestras voces por aquella inolvidable experiencia.

¡Cuán grato es saber que aquel niño humilde es la fuente de esperanza más alentadora en el corazón de los que creen y obedecen! No puedo menos que recordar la dulcísima promesa que dice: “Jehová es mi pastor, nada me faltará” (Salmo 23:1). ◇

El autor es dirigente de la Iglesia Adventista en Puerto Rico y la Rep. Dominicana. Ha escrito numerosas poesías religiosas.

¡PRONTO me casaré! Estoy emocionada y agradecida a Dios porque seré desposada con José. El es un hombre bueno, noble y temeroso de Dios. Sé que seré feliz a su lado...

¿Qué pasa? Me parece oír un ruido y veo una luz diferente. ¿Hay alguien allí? ¡Apenas puedo ver, y qué resplandor ha llenado mi pieza!...

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró aquí?

—¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.¹

¿Yo? ¡No entiendo! Debo estar soñando... ¡Dios mío, tengo miedo!

—*María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.*²

Sigo sin entender; en realidad, ahora estoy más turbada que antes...

—Señor, me dices que concebiré un hijo, pero... quizás no sepas, todavía no me he casado, es más, nunca he conocido varón. ¿Podrías explicar mejor tus palabras?

—*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque nada*

La autora es secretaria y ama de casa, y colabora ocasionalmente con EL CENTINELA.

*hay imposible para Dios.*³

—Señor, que se haga como tú has dicho.

¡Qué privilegio el de llevar en mi seno al Hijo mismo de Dios! ¿Por qué me habrá escogido Dios a mí? ¡Hay tantas otras mujeres en el mundo! Hoy hallé gracia ante los ojos del Eterno y se me ha otorgado el regalo más precioso del universo. Un hijo del cielo, el mismo Dios encarnado en mí. ¡Qué maravilloso misterio! Pero... ¿qué dirá José? Quizás piense que he pecado. Pero no debo afligirme; Dios se encargará de salvar mi honor.

También la casa de Elisabet mi prima ha sido bendecida. ¡Otro milagro de amor! Realmente para Dios no hay nada imposible. Fui a visitarla y al verla, la criatura de su seno saltó al oír mi saludo. Ese niño que ella espera sintió la llegada del Salvador. ¡Cuán feliz me siento por el honor de llevar en mi vientre al admirable Hijo de Dios! El Poderoso ha hecho grandes cosas para mí. Santo es su nombre para siempre.

• • • • •

José me dice que tendremos que viajar hacia Belén, para cumplir con el edicto de empadronamiento que ordenó Augusto César. No me siento cómoda con la idea, por el estado en que me encuentro, pero estoy segura que Dios continuará guiándonos en todo.

El viaje se ha hecho largo y estoy cansada. Anhele llegar pronto a Belén porque el Santo Niño está por nacer. ¿Qué lugar habrá preparado nuestro Padre para la llegada del Mesías? ¿Será lo mejor de Belén? ¿Tendrá una cuna de oro? El ángel Gabriel me dijo que su reino se-

ría superior a todos, lo que me hace pensar que su llegada será triunfal.

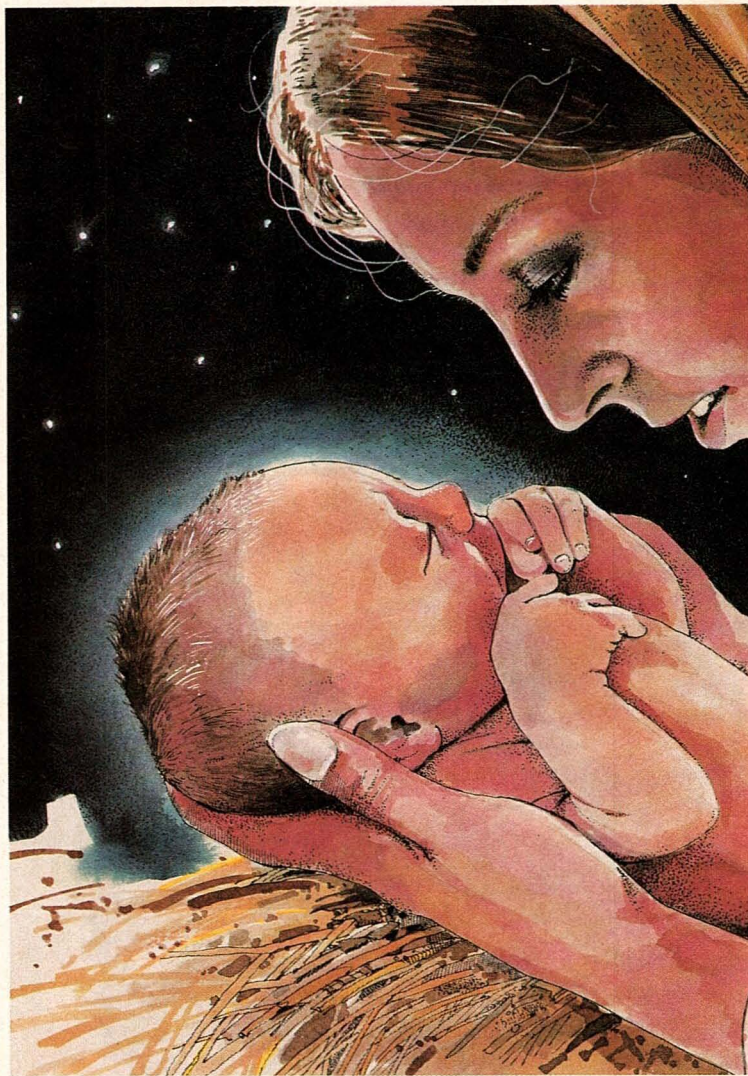
—José, estoy cansada, el Niño está por nacer. Hemos llegado a Belén y no veo señales de un lugar especial para nosotros. Preguntemos en esa posada.

¡Qué tristeza, no hay lugar para nosotros! Si tan sólo supieran la bendición que han perdido al no hospedar al Hijo del Dios Altísimo. Mi dolor se agudiza.

—Señor, condúcenos pronto al sitio que has preparado para la llegada de tu Hijo.

SE

“Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y



María

RUTH COLLINS

que has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, y llamarás su nombre Jesús" (S. Lucas 1:30-31).



No puedo más, espero que en este mesón nos reciban. ¡Oh, no! Tampoco tienen lugar aquí... Oh, parece que el dueño de la posada se ha compadecido de nosotros y nos dará lugar para dormir. Pero, ¿oigo mal o es verdad que nos ofrece el es-

tablo? ¡No puede ser! ¡No entiendo! El Salvador del mundo, el Mesías prometido, el Hijo del Dios viviente nacerá entre los animales y su cuna será un pesebre. ¡Cuánta humillación para el Creador de todas las riquezas de este mundo!

¡Ya llegó el Bebé maravilloso, la redención del mundo! Por fin nos veremos libres del pecado. ¡Gloria a Dios en las alturas porque ha cumplido su promesa! Desde que nació Jesús han ocurrido muchas cosas maravillosas que he ido guardando en mi corazón. Un coro celestial entonó las notas del himno más dulce que jamás se haya oído. Vinieron pastores del campo para adorar al Señor. Los magos de Oriente trajeron valiosos regalos. Simeón y Ana lo proclamaron como el Mesías y el Libertador. ¡Cómo anhelo que mi Niño crezca y cumpla la gran misión que le aguarda!

Acabamos de recibir noticias serias. Tendremos que huir a Egipto porque Herodes ha ordenado matar a todos los niños de la región. Y pensar, Niño querido, que cambiaste el amor y la adoración de los ángeles del cielo por el odio de los pecadores. Pero me siento feliz que así haya sido, porque sólo tú haces posible nuestra salvación.

Han pasado varios años. Ahora podemos volver a Nazaret porque Herodes ha muerto y ya pasó el peligro. Dios continúa guiándonos en todo.

—Padre celestial, inunda mi mente de sabiduría para criar al Redentor del mundo.

Jesús sigue creciendo muy bien en todo sentido. Es el hijo ideal. Su inteligencia y sabiduría son admirables. Este último fin de semana pasó algo inesperado: al regresar de Jerusalén tras celebrar la Pascua, ¡notamos que Jesús no venía con nosotros! Volvimos a la ciudad y lo hallamos tres días después. Allí estaba en el templo conversando con elocuencia maravillosa con los doctores de la ley. Nos dijo que estaba ocupado en los negocios de su Padre. No en-

tiendo todo lo que eso significa.

Jesús (¿mío? ¿del mundo?) ya es un hombre. Juan lo ha bautizado en el Jordán y el Espíritu Santo descendió sobre él. Ha comenzado su ministerio redentor. Va por todas partes sanando, enseñando, predicando. Es popular entre los humildes, pero los poderosos le tienen celos y envidia. Sus doce amigos lo siguen por doquiera, aunque hay uno que no es de confianza. ¿Tratará de hacerle mal?

• • • • •

¡Qué dolor tan grande! ¡No puedo comprender! El ángel me dijo que Jesús reinaría para siempre, y ahora el inmaculado Hijo de Dios cuelga en una miserable cruz. Su carne está lacerada por azotes, y sus manos maravillosas que tanto bien hicieron han sido clavadas en el madero. El que hizo los mares y los ríos, tiene sed... y no hay agua para él.

Al fin termina la angustia de la crucifixión. Sus últimas palabras fueron: "Consumado es". Su rostro brilló como el sol y luego *mi* hijo y *mi* Salvador expiró. Ahora comprendo que nuestros pecados fueron la causa de su muerte.

Es el domingo siguiente. Fui a la madrugada a ver la tumba de mi hijo. Lo que nunca imaginé, ocurrió: Jesús había resucitado y ahora vive eternamente. De ese modo quedó abierto el camino para llegar al Altísimo. ¡Bendito sea Dios para siempre! Aunque pasé por horas de mucho dolor, ¡cuán agradecida me siento por haber sido un instrumento en manos de Dios para que Jesús naciese y cumpliera su misión redentora! ◇

(1) S. Lucas 1:28. (2) S. Lucas 1:28-33. (3) S. Lucas 1:35-37.

DENNIS BOND

LA BIBLIA RESPONDE

Respuestas bíblicas a consultas de lectores
Sección a cargo del Lic. Juan J. Suárez

P ¿Nació Cristo realmente el 25 de diciembre a medianoche? He oído a muchas personas que dicen que no es así.

R Para poder responder a esta pregunta es necesario depender de las informaciones o hechos históricos, que afortunadamente se pueden encontrar, pues los Evangelios no nos dan la necesaria información al respecto. ¿Qué nos dice la historia?

"Aunque parezca inexplicable, se desconoce la fecha del nacimiento de Cristo. Los Evangelios no indican ni el día ni el mes, y aunque S. Lucas (2:1-3) sitúa la Navidad dentro de una perspectiva histórica, el año no puede determinarse con exactitud...

"De acuerdo con la hipótesis de H. Usener, que es aceptada por la mayoría, se le asignó al nacimiento de Cristo la fecha del solsticio de invierno (diciembre 25 en el calendario juliano y 6 de enero en el egipcio) porque en ese día el sol comenzaba su regreso al norte de los cielos, y los paganos devotos de Mitra celebraban entonces el *dies natalis Solis Invicti* (nacimiento del sol invencible)" (*The New Catholic Encyclopedia*, 1967, t. 3, p. 656).

"Habría sido imposible hacer el censo en invierno; no podría haberse movilizado a toda la población. Si el censo hubiera sido en invierno, sólo se habrían suspendido las labores agrícolas; pero Roma no tenía este tipo de consideraciones. Además, los eruditos difieren en cuanto a si los pastores podrían o habrían estado exponiendo sus rebaños durante las noches del invierno" (*The Catholic Encyclopedia*, 1913, t. 3, p. 724).

Estas citas son corroboradas por la siguiente, que es muy clara y significativa: "Pero el misterio [culto] de mayor trascendencia fue el de *Mitra*, antigua divinidad de Persia. Diocleciano, gran perseguidor de los cristianos, proclamará a Mitra

'defensor del imperio', y su fiesta como Mitra-Sol se celebrará el 25 de diciembre (día del sol invencible). Por este motivo la Iglesia [Católica] convertirá el 25 de diciembre en la fiesta del nacimiento de Jesús, sol del mundo" (*El Evangelio del pueblo*, Madrid: Ediciones Paulinas, 1977, p. 461).

Herodes, el rey que quiso matar a Jesús cuando nació, murió en marzo o abril del año 750 de la fundación de Roma. Si les damos un tiempo prudencial a los acontecimientos de la vida de Jesús antes de la muerte de Herodes —la visita de los magos, la matanza de los inocentes y la huida a Egipto—, nos remontamos a la última parte del año 749. Este tiempo concuerda con la profecía de las 70 semanas (Daniel 9:23-27), que determina el momento en que Cristo iniciaría su ministerio. Este momento fue aproximadamente en el mes de octubre.

Los cristianos podemos celebrar la Navidad o natividad de Jesús porque él vino para salvarnos y darnos vida eterna; pero esta celebración debe de tener un carácter totalmente espiritual, no pensando en un día, sino en un hecho histórico profetizado en las Sagradas Escrituras. En este sentido más amplio, Jesús debe nacer en nuestros corazones durante cada día del año.

P ¿Los "magos" que vinieron de lejanas tierras eran "magos" de verdad?

R Esos "magos" eran filósofos, hombres sabios. Una prueba de su conocimiento es que cuando vieron la estrella se dieron cuenta que era diferente a todas las otras. Su conocimiento de las profecías del Antiguo Testamento (Números 24:17; Daniel 9:23-27, etc.) los impulsó a ponerse en camino para recibir a su Rey y Salvador. Otro tanto debemos hacer nosotros cada día: recibirle con gozo en nuestras vidas.

TESOROS

de Vida

Curso gratuito por correspondencia

Nombre _____
Calle y N.º _____
Ciudad _____
Prov. o Estado _____
Código postal (zip code) _____ País _____



Un curso bíblico gratuito por correspondencia, de 30 lecciones, de inestimable valor para Ud.

Envíe este cupón a EL CENTINELA, P. O. Box 7000, Boise, ID 83707, EE. UU. de N. A.

EL CENTINELA
les desea a todos sus lectores
y amigos una FELIZ NAVIDAD
y un PROSPERO AÑO NUEVO,
bajo la generosa
bendición de Dios.



Abriendo LAS ESCRITURAS



Introducción al estudio de los libros de la Biblia

1 y 2 TIMOTEO

EN 1726 Paul Anton calificó a las epístolas del apóstol Pablo a Timoteo como las epístolas "pastorales", y lo apropiado del adjetivo ha perdurado hasta el presente. Estas, junto a las epístolas a Tito y Filemón forman un grupo de cartas diferente al resto de los escritos de Pablo. La diferencia más notable está en que son dirigidas a individuos y no a iglesias. Por lo tanto, en un sentido son cartas privadas en vez de públicas.

Pero las epístolas a Timoteo y a Tito, por ser un compendio de exhortaciones de parte de un líder de experiencia a misioneros que estaban a cargo de nuevas congregaciones, son de una utilidad especial para los pastores cristianos actuales. El propósito de su escritura se encuentra definido en la primera epístola: "Para que... sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente" (1 Timoteo 3:15). Por lo tanto, estas cartas están dirigidas a todo el que vive dentro de la casa de Dios, en esencia, a cada creyente.

Título del libro.—Debido a que se trataba de cartas personales de Pablo a Timoteo, el documento inicial probablemente identificaba a su receptor.

Autor.—Algunos han argumentado que Pablo no escribió estas epístolas, basándose en algunas diferencias lingüísticas y en la dificultad de reconciliar algunos de sus detalles con el relato de Hechos. En forma especial, se destaca el hecho de que las cartas a Timoteo revelan una organización eclesiástica más desarrollada que la que se encuentra en el resto del Nuevo Testamento; por ejemplo: los re-

quisitos para ser ancianos u obispos (1 Timoteo 3:1-7), y las normas de conducta para hombres y mujeres en la iglesia (1 Timoteo 2:8-15). Sin embargo, el peso de la evidencia indica que Pablo fue el autor de estas epístolas. Lo que las referencias personales e históricas sí indican, es que probablemente fueron escritas después del período abarcado por Lucas en Hechos y después de su primer cautiverio en Roma.

Aparentemente, el gran apóstol pudo lograr algunos de sus objetivos de visitar de nuevo las iglesias de Asia Menor, la isla de Creta, donde dejó a Tito, y a Macedonia. En medio de ese viaje encargó a Timoteo que cuidara de la congregación de Efeso.

Aunque Pablo se dirige a su discípulo, es evidente que Pablo también está aconsejando a otros bajo el nombre de Timoteo. Las personas que protagonizaban la herejía de Efeso probablemente necesitaban que un líder con mayor influencia que el joven pastor les amonestara. Quizá por eso es que Pablo dedica algunos versículos para reafirmar su autoridad como apóstol y ministro (1 Timoteo 1:1, 12-16).

Marco histórico.—Las epístolas pastorales fueron escritas en el período posterior al primer encarcelamiento de Pablo y durante su segunda y posterior reclusión (2 Timoteo 4:6-7). Algunos creen que Pablo fue encarcelado como resultado de la persecución iniciada por Nerón en contra de los cristianos para disipar las acusaciones de que él había hecho incendiar a Roma en el 64 d. C. Cuando Pablo escribió 2 Timoteo ya había sido

juzgado, pero aún no había sido condenado a muerte. Se encontraba solo (2 Timoteo 4:11); únicamente contaba con las visitas de Lucas, y al escribirle a Timoteo le ruega que lo visite "antes del invierno" (cap. 4:21), y que le traiga su capa y sus libros (cap. 4:13).

Es claro que Pablo estaba preocupado por la existencia de una herejía que amenazaba el bienestar de la iglesia. Esta se caracterizaba por la consideración de "fábulas y genealogías interminables" y "contiendas de palabras" (1 Timoteo 1:4; 6:4). Los herejes prohibían casarse y ordenaban la abstención de ciertos alimentos (1 Timoteo 4:3), se metían en las casas para llevarse a "mujercillas cargadas de pecado" (2 Timoteo 3:6) y procuraban "maestros conforme a sus propias concupiscencias" (2 Timoteo 4:3).

Aunque indudablemente esta herejía tenía raíces y protagonistas judíos, muchos opinan que Pablo en efecto estaba enfrentando los comienzos del gnosticismo, complejo sistema filosófico que limitaba la salvación a un grupo exclusivo de personas que eran capaces de desprenderse paulatinamente de sus ataduras físicas.

Tema y características principales.—La primera de estas dos epístolas consiste mayormente en instrucciones para ministros en cuanto a la organización de la iglesia, y la conducta apropiada para los cristianos. La segunda incluye un énfasis marcado en la necesidad de preservar la pureza de la doctrina. En medio de un océano de paganismo, la iglesia debía basarse en la Biblia como la única fuente

de sus creencias y sus normas de vida (2 Timoteo 3:14-17).

En estas cartas se advierte la afinidad que Pablo siente por su discípulo Timoteo, al cual anima a ejercer un liderazgo más enérgico. Al escribir la segunda, y como sabía que su fin estaba cerca, se dedicó a fortalecer la fe de su colaborador mediante su propio ejemplo; por esta razón algunos la han llamado "el testamento del gran apóstol de los gentiles".

Bosquejo.—He aquí las partes fundamentales de estas epístolas:

1 Timoteo

1. Saludo (cap. 1:1-2).
2. El encargo de reprochar a los maestros de doctrinas pervertidas (cap. 1:3-20).
3. Universalidad del culto cristiano (cap. 2:1-15).
4. Requisitos previos para dirigentes cristianos (cap. 3:1-13).
5. El mensaje cristiano (cap. 3:14 a 4:5).
6. Indicaciones prácticas para un ministro (cap. 4:6 a 6:19).
7. Encargo final de Pablo a Timoteo (cap. 6:20-21).

2 Timoteo

1. Introducción y exhortación a Timoteo (cap. 1:1-18).
2. Descripción del ministro ideal y la manera en que comunica la verdad (cap. 2:1-26).
3. Advertencia sobre los peligros del futuro (cap. 3:1-17).
4. Admonición final de Pablo (cap. 4:1-22).

Joya para memorizar:

"Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia" (2 Timoteo 3:16).

ENTRE a la habitación de mamá y la encontré frente al espejo. Me acerqué a ella para abrazarla; se volvió hacia mí y gimiendo me dijo: "Querida, ¿quién eres? ¿Y quién soy yo?"

Quien una vez fuera inteligente y talentosa era ahora víctima de un ladrón—la enfermedad de Alzheimer— que primero robó su mente y finalmente su cuerpo. Durante nueve años, mi familia y yo observamos los terribles efectos destructivos de este mal. También experimentamos las enormes presiones —físicas, emocionales y financieras— que esta enfermedad ejerce sobre los familiares del enfermo. En cierto sentido, todos fuimos víctimas de esta terrible enfermedad.

Desde luego, mi familia no es la única que ha sido afectada por este asesino. Su familia también podría encontrarse entre las próximas víctimas. Tampoco se trata de una enfermedad "nueva"; ha existido durante siglos.

La condición que produce esta enfermedad ha sido llamada de diversas maneras: "senilidad", "síndrome cerebral orgánico", "endurecimiento de las arterias" o "segunda niñez." No fue sino hasta 1906 que el neurólogo alemán Alois Alzheimer identificó la enfermedad que más tarde llevaría su nombre. Descubrió la existencia de tejidos degenerados y haces de nervios enredados al hacerle la autopsia a una mujer de 55 años de edad, quien había muerto después de cuatro años de ser incapacidad mental.

En los Estados Unidos de Norteamérica, sufren de este mal irreversible de 2,5 a 3 millones de personas. La enfermedad de Alzheimer sigue siendo tan misteriosa que un diagnóstico positivo sólo puede hacerse mediante un examen del tejido

cerebral después de que el paciente ha muerto. ¿Se trata acaso de un defecto genético? ¿Un cambio en el sistema inmunológico desatado por la edad avanzada? ¿Una acumulación excesiva de aluminio u otras toxinas? ¿Un virus de lento creci-

miento? Nadie lo sabe.

Entre las personas de edad avanzada, la enfermedad de Alzheimer es la cuarta causa de muerte después de las enfermedades cardiovasculares, el cáncer y los derrames cerebrales. Sin embargo, en sus etapas ini-

ciales es muy difícil de diagnosticar porque comienza insidiosamente con una simple pérdida de la memoria. A medida que progresa la enfermedad, afecta no sólo la memoria sino también el intelecto y la personalidad. La víctima, quien qui-

LA ENFERMEDAD DE ALZHEIMER

Qué es y cómo enfrentarla

BARBARA PERKINS



zá fue amable y simpática en años previos, manifiesta frustración, agitación e ira. Duda, por ejemplo, de sus habilidades o de por qué no puede encontrar el baño. Como no recuerda casi nada, no puede cocinar, guiar el automóvil, llamar por teléfono, o leer la hora en el reloj. Sus olvidos lo angustian y lo irritan; por lo tanto, tiene arranques ocasionales de ira combinados con períodos de profunda apatía.

El gobierno federal norteamericano calcula que el 10 por ciento de las personas mayores de 65 sufrirá la enfermedad Alzheimer, y lo mismo sucederá con 20 por ciento de las personas mayores de 80 años. Se calcula que el número de los pacientes con esta enfermedad se triplicará en los próximos 50 años.

El mal de Alzheimer también ataca a los jóvenes. En el país ya mencionado la padecen unas 60 mil personas entre las edades de 40 a 50 años, con algunos casos entre personas menores de 40. Cada año mueren unas 120 mil personas a causa de esta enfermedad.

Cuando se sospecha que alguien puede padecer de Alzheimer, la familia debe insistir en que sea sometido a una investigación neurológica, psicológica y médica para poder descartar una docena de otros males que producen síntomas similares.

Muchos familiares de pacientes con esta enfermedad se resisten a aceptar el terrible diagnóstico. “¿Por qué es que no se puede hacer nada para ayudarlo? —puede preguntar un esposo al médico—. Hemos probado todas las píldoras para dormir y aún así sigue rondando la casa toda la noche como un fantasma”. Su furia se dirige contra el médico, el paciente y aun contra Dios, y suele tornarse en un profundo abatimiento. Día tras día de atención

continua agotan las energías de los familiares, mientras que el futuro no les ofrece ninguna esperanza.

¿Cómo podemos enfrentar positivamente este mal? He aquí algunas cosas que aprendí mientras cuidé de mi madre:

1. Consiga atención médica adecuada. Busque a un médico (neurólogo, psiquiatra, internista) bien calificado y con el cual usted se sienta cómodo. Pídale que se encargue del enfermo durante todo el desarrollo de la enfermedad, y que prescriba las medicinas necesarias para controlar los ataques, el

cerraduras en las puertas que dan a la calle para que el paciente no pueda abrirlas y usted pueda descansar en las noches. Haga todo lo necesario para reducir el trabajo, las preocupaciones y los conflictos.

4. Aprenda a aceptar lo inesperado. No espere que el paciente se comporte siempre de la misma manera. Un día puede estar perfectamente lúcido y al siguiente llamarle por otro nombre. Con una persona cuya mente está enferma, los familiares deben aprender a enfrentar lo inesperado. Lo único constante con lo cual usted pue-

Durante nueve años observé cómo este ladrón implacable robó primeramente la mente de mi madre y finalmente su cuerpo. He aquí lo que aprendí.

nerviosismo y otros síntomas.

2. Acepte su situación y conozca sus puntos fuertes como también los débiles. A veces sentirá que ya no soporta más, pero no suéltelo lo que usted y Dios pueden hacer juntos. Usted ha enfrentado problemas anteriormente y los ha podido resolver. Puede asirse de la ayuda divina y de sus propias habilidades para vencer este nuevo desafío. Usted no podrá anular los efectos de la enfermedad, pero puede tratar de ser comprensivo con el paciente.

3. Simplifique su estilo de vida. Arregle su casa como lo hizo cuando sus hijos eran pequeños. Deshágase de aquellas cosas que confunden al paciente. Mi madre, por ejemplo, creía que las superficies oscuras de las losas del piso eran agujeros. Cuando cubrimos las losas con una alfombra de un solo color, se sintió mucho más dispuesta a caminar por la casa. Coloque

de contar es con la fidelidad de Dios. Su promesa reconfortante sigue siendo: “No te dejaré, ni te desampararé”.¹

5. Planee un momento alegre para cada día. “El corazón alegre constituye buen remedio”.² Todos necesitamos algo de diversión, algún escape para la tensión o el estrés. Las víctimas de Alzheimer a menudo responden alegremente a la interpretación de himnos conocidos o canciones folklóricas, paseos al aire libre, y a las caricias de un animalito. Usted, como persona encargada de cuidar al paciente, también necesita descansar, así que debe planear algunas actividades recreativas para usted también.

6. Consiga la ayuda de otros. La enfermedad puede unir a los miembros de la familia y desarrollar los puntos fuertes de cada uno. Los nietos pueden llevar a sus abuelos a dar una caminata durante los fines de

semana o después de las clases diarias. Los hijos adultos pueden encargarse de los asuntos legales y financieros, y ayudar con las compras y en la cocina. Pueden bañar, afeitarse y alimentar al enfermo, para aliviar la carga del familiar más cercano —la “otra víctima” de Alzheimer.

Utilice también los recursos disponibles en su comunidad. En algunas ciudades se ofrecen servicios tales como: enfermeras que visitan los hogares, centros de cuidado diurno para ancianos y el servicio de cafeterías rodantes. Su médico o ministro religioso puede ayudarlo a localizar las agencias locales que pueden serle útiles.

7. Administre bien sus recursos. Cuando una familia debe enfrentarse a una enfermedad que requiere cuidados médicos para un paciente durante un período de siete a diez años, necesita hacer una cuidadosa planificación financiera. Consulte con las agencias de servicios sociales y con su abogado para conservar las posesiones familiares.

Preocúpese también por sus recursos personales: su cuerpo, su mente y su alma. No abuse del uso de tranquilizantes o la televisión. Visite a su médico y siga sus prescripciones. Aliméntese bien y practique ejercicios. Mantenga su mente alerta y bien estimulada.

Estudie la Biblia diariamente y memorice sus textos favoritos. Cuando la mente de mi madre quedó tan confundida que se olvidó hasta de Dios, reclamé la promesa de Romanos 8:38-39. Aunque el mal de Alzheimer le había arrebatado sus recuerdos de Dios, nada la podría separar del amor divino. Podemos confiar en que el Señor comprende nuestro dolor y anhela bendecirnos con su presencia reconfortante. ◇

(1) Josué 1:5. (2) Proverbios 17:22.

EL RUEGO INESPERADO

DINA DONOHUE

SIEMPRE que se habla de programas de Navidad en cierto pueblecito del oeste norteamericano, alguien invariablemente menciona el nombre de Wallace Purling. La actuación de Wallace en una de estas representaciones de Navidad se ha convertido en una especie de leyenda.

Wally (forma abreviada de su nombre) tenía nueve años de edad en aquella ocasión, y estaba en segundo grado aunque debería haber estado en cuarto. Casi todos los habitantes del pueblo sabían que tenía dificultades para aprender. Era muy alto para su edad y lento en sus movimientos y pensamientos; pero sus compañeros de clase, todos los cuales eran más pequeños que él, lo querían mucho. Sin embargo, no podían disimular su irritación cuando Wally les pedía que jugaran a algún deporte en el cual su tamaño le daba una gran ventaja sobre ellos.

En estos casos, los otros niños generalmente buscaban la forma de impedir que jugase, pero Wally permanecía como espectador y sin enojarse. Era un niño de buena disposición y sonriente. Cuando otros niños mayores intentaban ahuyentar a los más pequeños, siempre era

Algunos creyeron que el programa se había arruinado. Sin embargo, muchos, muchos más pensaron que éste había sido el mejor programa de Navidad que habían visto.

Wally quien decía: “¿Por qué no pueden quedarse? Ellos no molestan”.

Wally albergaba la esperanza de actuar como pastor en el programa de Navidad de ese año, pero la directora de la obra le asignó un papel más importante. Después de todo —razonó ella— el mesonero no tenía que hablar mucho, y el tamaño de Wally le impartiría más fuerza a la escena del rechazo de José y María.

Y así fue como una numerosa audiencia se dispuso a disfrutar de una interesante exhibición de barbas postizas, papel crepé, coronas y de un escenario lleno de pequeñas figuras con voces chillonas. Nadie estaba tan atento al programa como Wallace. Permanecía entre bastidores y observaba cada actuación tan fascinado, que la directora tuvo que asegurarse de que no entrara antes de tiempo.

Cuando llegó el momento,

José apareció guiando a María lentamente y con ternura hasta la puerta del mesón; luego tocó la puerta de madera que estaba asegurada al telón de fondo. Wally estaba allí, esperando.

—¿Qué desea? —dijo Wally, abriendo la puerta bruscamente.

—Buscamos hospedaje —fue la respuesta.

—Búsquenlo en otro lugar —contestó Wally hablando con energía—. El mesón está lleno.

—Señor, hemos preguntado en vano en todo el pueblo. Hemos hecho un largo viaje y estamos cansados.

—No hay lugar en este mesón para ustedes —repuso Wally con tono apropiadamente severo.

—Por favor, buen mesonero, esta es mi esposa María. Va a tener un bebé y necesita un lugar donde descansar. Seguramente que usted tendrá al menos un rincón para ella. ¡Está tan cansada!

En ese instante el mesonero

suavizó su endurecido semblante y miró a María. Hubo una prolongada pausa, tan larga que la audiencia comenzó a sentir la tensión que se produce en un momento de bochorno.

—No, váyanse —susurró el apuntador desde atrás.

—¡No! —repitió Wally automáticamente—. ¡Váyanse!

José colocó su brazo alrededor de María con un gesto de tristeza. María reclinó su cabeza sobre el hombro de su esposo y los dos comenzaron a alejarse. Pero el mesonero no entró en el mesón. Wally permaneció en el umbral, observando a la desdichada pareja. Su boca se abrió, su ceño se frunció por la preocupación, y sus ojos comenzaron a derramar lágrimas.

De pronto, aquel programa de Navidad fue diferente de todos los demás.

—No te vayas, José —exclamó Wally—; trae a María —y el rostro del mesonero se iluminó con una amplia sonrisa—. ¡Ustedes pueden quedarse en mi habitación!

Algunos creyeron que el programa se había arruinado. Sin embargo, otros —muchos, muchos más— pensaron que éste había sido el mejor programa de Navidad que habían visto. ♦



LARS JUSTINEN

¡Ya apareció!

CUENTAME UNA HISTORIA

¡Deleite! ¡Suspense! ¡Emoción! ¡Y todo verídico!



CUENTAME UNA HISTORIA

- Cinco tomos con casi 1.000 páginas de narraciones interesantísimas
- Cientos de atractivas ilustraciones a todo color
- Más de 100 temas que te ayudarán a formar un buen carácter
- Vocabulario fácil y letra grande
- Tapas lavables y duraderas

Como millones de niños de diversas partes del mundo, pasarás muchas horas deleitándote con CUENTAME UNA HISTORIA, la colección de relatos fáciles de leer, pero difíciles de olvidar.

PUBLICACIONES INTERAMERICANAS
P.O. Box 7000, Boise, Idaho 83707
Estados Unidos

Sírvanse enviarme información sin compromiso de mi parte sobre los cinco tomos de CUENTAME UNA HISTORIA.

Nombre

Calle y N.º

Ciudad Prov. o Estado

Código Postal (Zip Code) País

